

su poderoso aliado. Mr. de Romanzoff fué todavía mas esplicito que su soberano: refirió al general Savary las proposiciones del general Wilson, el efecto que habian producido en el emperador Alejandro, la buena voluntad de aquel príncipe para aprovechar aquella ocasion de probar su fidelidad á la Francia, no queriendo recibir mas que de su mano lo que podria recibir de la de Inglaterra. Le manifestó con mas viveza que nunca la resolucion de declararse contra la Inglaterra y la Suecia, y aun contra la misma Austria, si fuese necesario, para atraer á esta última potencia á la política de Tilsit. Asi se calificaba en el lenguaje de entonces (porque se crea uno para cada circunstancia), el sistema de tolerancia que reciprocamente se habian prometido unos á otros en las empresas que cada uno acometiese por su parte. Pero Mr. de Romanzoff añadía, que era preciso que la Rusia obtuviese un equivalente de todo lo que estaba dispuesta á permitir, aunque no fuese mas que para hacer la nueva alianza popular y durable. Como acababa de recibir en aquel momento pliegos de Constantinopla, en que se anunciaban nuevos desórdenes, Mr. de Romanzoff dijo sonriéndose al general Savary, que veía se iba aproximando la hora de la conclusion del imperio otomano, y que sin que el emperador Alejandro se mezclase en nada, el emperador Napoleon se vería bien pronto obligado á anunciar en el *Monitor* la apertura de la sucesion de los sultanes, para que se presentasen á reclamarla sus herederos naturales.

Mientras que se prodigaba todo al general Savary, instancias, caricias, confianzas y aun regalos, el emperador Alejandro mandó se comunicase

órden á su ejército para no evacuar las provincias del Danubio, bajo pretexto de que no podia ratificarse el armisticio tal como estaba. El y su ministro repitieron que era necesario no se les molestase con respecto al asunto de los turcos; no exigir que los rusos se humillasen á presencia de unos bárbaros; ocuparse lo mas pronto posible de un arreglo territorial en Oriente; enviarse mutuamente embajadores de confianza, y sobre todo dirigir á San Petersburgo compradores franceses, que reemplazasen á los ingleses. Alejandro pidió con particularidad dos cosas: primera, la autorizacion para educar en Francia á los jóvenes que debían servir en la marina rusa, los cuales recibían antes su instruccion en Inglaterra, y contraían muy mal espíritu; y segunda, la facultad de comprar en las fabricas francesas, fusiles para los soldados rusos que los tenían de muy mala calidad, añadiendo, que pues los dos ejércitos estaban destinados á servir la misma causa, podían cambiar sus armas. Acompañó aquellas palabras con un magnífico regalo de pieles para Napoleon, diciendo, que quería ser su *comerciante de pieles*, y repitió que aguardaba á Tolstoy para hacerle partir en cuanto se le aceptase definitivamente en Paris.

Al saber aquellos pormenores fielmente referidos por el general Savary, Napoleon se encontró satisfecho y embarazado, porque conoció que podía disponer á su gusto del emperador Alejandro y de su ministro principal; pero habia reflexionado con calma despues de la entrevista de Tilsit, y comenzaba á pensar que era cosa muy grave el dejar dar un nuevo paso hácia Constantinopla al gigantesco imperio de Pedro el Grande, impe-

rio cuyo engrandecimiento de un siglo á aquella parte habia sido tan rápido que podia causar espanto al mundo. El general Sebastiani, le escribia desde Constantinopla, que los rusos eran allí muy aborrecidos; que si los turcos tuvieran la menor esperanza de encontrar apoyo en la Francia, se echarian por sí mismos en sus brazos, y que en vez de tener que combatirlos para obligarlos á ser súbditos de la Rusia, bastaria tal vez un ligero auxilio para ayudarlos á ser vasallos de la Francia: que todas las partes del imperio propias para convertirse en francesas, se entregarían espontáneamente: que en este caso con quien debería procurarse entenderse, era con el Austria y no con la Rusia; que la avenencia con el Austria seria mas fácil y ventajosa, ya se quisiese dividir, ya conservar íntegro el imperio otomano; porque si se partía, se contentaría con menos, satisfecha con que la Rusia no tuviese nada en las orillas del Danubio, y si se decidía conservarle, se juzgaría muy feliz con semejante resolución, y se obtendría su concurso con muy corto sacrificio. Estas ideas diversas, que tenían su lado especioso, se habian sucedido y alternativamente combatido en el ánimo de Napoleon, cuya actividad no descansaba jamás, y no quería que se le estrechase demasiado para tomar un partido sobre tan interesante asunto. En un sistema de moderada ambición, negarse á satisfacer la de la Rusia, hubiera sido muy prudente. Pero con el que ya habia emprendido, y con el que todavía iba á emprenderse, era aumentar la temeridad de la política francesa, empeñarse en nuevos acontecimientos, sin grangearse completamente la adhesión de la Ru-

sia por medio de un sacrificio en Oriente.

Napoleon imaginó satisfacer la ambición moscovita, no hácia el Oriente, á donde se hallaba muy inclinada, sino hácia el Norte, á que lo estaba poco, y entregarla la Finlandia bajo pretesto de impelerla sobre la Suecia. Es mucho, decía, una conquista como la de la Finlandia, y el emperador Alejandro debe encontrar en ella la primera satisfacción para la opinión rusa, que le dará tiempo para esperar otras. La Finlandia era mucho efectivamente, si se consideraban los verdaderos intereses de la Europa; porque si la Rusia, tomando la Moldavia y la Valaquia, hacia un progreso alarmante para Europa por la parte de los Dardanelos, no lo era menos el que hacia por la del Sund apropiándose la Finlandia. Desgraciadamente mientras obtenia de este modo una extensión perjudicial á la independencia futura de la Europa, recibía un regalo casi sin ningun valor á sus ojos. Napoleon daba mucho en realidad y poco en la apariencia; y esto era lo contrario de lo que se necesitaba hacer, para comprar al mejor precio posible, la nueva alianza que iba á ser el fundamento de sus empresas ulteriores. Se lisonjeaba, pues, de contentar á la Rusia con la Finlandia; y en cuanto á las provincias del Danubio, resolvió aplazar toda decisión, sin destruir no obstante las esperanzas que tenia necesidad de alimentar.

También él habia tenido que trabajar mucho para encontrar un embajador que pudiera convenir en San Petersburgo, y concluyó por elegir á Mr. de Caulaincourt, caballero mayor, militar, y hombre recto, sensato, digno, é injustamente comprometido en el negocio del duque de Enghien

(lo que casi miraba Napoleon como una conveniencia para la embajada de Rusia); pero muy á proposito para imponer al jóven emperador, seguirle por todas partes, y disimular por su misma rectitud, lo que pudiera haber de artificioso en una mision, cuyo objeto era no cumplir todo lo que se hacia esperar. Napoleon instruyó á Mr. de Caulaincourt, de lo que habia pasado en Tilsit; le confesó que esforzándose en contentar al emperador Alejandro, no queria sin embargo, hacerle concesiones demasiado peligrosas para la Europa, y le recomendó que no descuidase nada para conservar una alianza sobre la que debia apoyarse en adelante toda su politica. Le agregó algunos de los jóvenes mas distinguidos de su córte, y le señaló la suma de 800,000 francos anuales, para que pudiese representar dignamente al grande imperio.

Al mismo tiempo escribió al emperador Alejandro, dándole gracias por sus regalos, y ofreciéndole otros en compensacion (eran porcelanas de Sevres de la mayor belleza); para pedirle encarecidamente le ayudase á restablecer la paz, obligando á la Inglaterra á aceptarla; suplicándole que despidiese inmediatamente á los embajadores de Inglaterra y de Suecia; previniéndole que un ejército francés iba á ocupar la Dinamarca, en virtud de un tratado de alianza concluido con la córte de Copenhague, é instándole para que hiciese marchar un ejército ruso á Suecia, para cerrar el Sund por todos lados; para manifestarle de nuevo su espresa adhesion para la conquista de Finlandia; para anunciarle los pasos que estaba dando con el Austria á fin de que se decidiese á adoptar la politica de Tilsit, y participarle tambien

la entrada de numerosos ejércitos en la península española, con objeto de cerrársela definitivamente á los ingleses: y por último, para decirle que era extraño á la redaccion del armisticio con la Puerta, que le desaprobaba (lo cual envolvía la aprobacion tácita de la ocupacion indefinida de las provincias del Danubio), y que en cuanto á la conservacion ó particion del imperio otomano, era una cuestion tan grave y tan interesante para el presente y para el porvenir, que necesitaba pensar en ella con toda madurez; que no podia tratarla por escrito, y que se proponia profundizarla con Mr. de Tolstoy: que la reservaba para este embajador, y que con objeto de aguardarle habia retardado su partida á Italia, á donde le urgía mucho trasladarse. Unámonos, decia Napoleon á Alejandro, y *llevaremos á cabo las cosas mas grandes de los tiempos modernos.* Napoleon participó ademas al emperador y á Mr. de Romanzoff, que el ministro Decrès iba á comprar por valor de 20.000,000 de pertrechos navales en los puertos de la Rusia, que la marina francesa recibiría todos los jóvenes que se la enviasen para instruirse, y por último, que cincuenta mil fusiles del mejor modelo, se hallaban á disposicion del gobierno imperial, que podia recogerlos en el punto que tuviese por conveniente designar.

Mientras tan afectuosamente escribia Napoleon al emperador Alejandro, recomendó á Mr. de Caulaincourt, que no hablase demasiado de una próxima entrevista; porque en una nueva conferencia imperial, seria preciso llegar á una conclusion con respecto á la Turquía, lo que temia mucho. Sin embargo, la Finlandia concedida inmediatamente,

las provincias del Danubio en perspectiva, el silencio sobre su prolongada ocupacion, y en fin, muchos testimonios de intimidad, le parecian á Napoleon, y en efecto eran medios suficientes para vivir en buena armonia durante un tiempo mas ó menos dilatado.

Desgraciadamente, Napoleon no se habia limitado á ver en el atentado de la Inglaterra contra la Dinamarca, una ocasion de volver á atraer la opinion de la Europa, habia descubierto, por el contrario, un pretexto para nuevas empresas, y queria aprovecharse de la prolongacion de la guerra, para concluir todos los arreglos que meditaba. Pensó que para llegar mejor á su objeto, convenia conciliarse á la corte de Austria, y hacer que cesase en ella el mal estar estremado, producido ademas de los disgustos de aquella corte, por los últimos acontecimientos de la guerra. Sentia aquella potencia haberse armado sin que aprovechara la ocasion de obrar que se la presentó despues de la batalla de Eylau y antes de la de Friedland; haber hecho gastos inútiles, y manifestado disposiciones que no podian engañar á Napoleon. Estaba inquieta por lo que exigiria de ella para castigarla, y mas inquieta aun, por lo que podia haber prometido á la Rusia en las orillas del Danubio: la consolaba ademas muy poco el lenguaje de la Inglaterra, que la repetia sin cesar, que era preciso por una parte prepararse á la guerra, y por otra atraerse á la Rusia, concediéndola todo lo que Napoleon estaba pronto á concederla; es decir, que despues de quince años de horribles desgracias tenia que imponerse otra nueva y mayor que todas las demas, la de ver á los rusos en la parte baja del Danubio.

Napoleon, que sin mucho trabajo descubria la triste situacion del Austria, deseaba terminarla, para verse mas libre y desembarazado en sus acciones. Habia recibido en Fontainebleau con la mayor cortesania al duque de Wurtzburgo, hermano del emperador Francisco, trasladado, como ya hemos dicho varias veces, de uno en otro principado; y que deseaba reconciliar al Austria con la Francia para no tener que sufrir ya con sus disensiones. Napoleon se esplicó larga y francamente con aquel principe, tranquilizándole acerca de sus intenciones con respecto á la corte de Viena, á la que decia que no queria quitar nada, antes por el contrario, estaba pronto á devolver la plaza de Braunau, que habia permanecido en poder de los franceses, desde la infidelidad cometida tocante á las bocas del Cattaro. Napoleon declaró que habiéndosele restituido estas, se conceptuaba sin derecho, y no tenia interes para conservar á Braunau, plaza importante que dominaba el curso del Inn: que con respecto á la Istria, no exigia mas que la conservacion del camino militar concedido anteriormente para el paso de las tropas francesas que se dirigian á Dalmacia: que cuando mas, si se consentia en ello en Viena, pondria una rectificacion de fronteras entre el reino de Italia y el imperio de Austria, rectificacion que se reduciria á permutar los pequeños territorios italianos situados en la orilla izquierda del Isonzo, por los pequeños territorios austriacos de la margen derecha, de modo que se tomase por limite aquel rio; que hecho esto, no reclamaria nada mas, y que estaba dispuesto á observar la letra de los tratados. Con respecto á la política general, Napoleon añadió que

se unía á la Rusia, para pedir al Austria que le ayudase á restablecer la paz, cerrando las costas del Adriático al comercio inglés: que el atroz acontecimiento de Copenhague constituía un deber para todas las potencias; que si el Austria tomaba este partido, tendría el honor del restablecimiento de la paz, porque la Inglaterra no se sostendría contra la unanimidad bien pronunciada del continente: que si se convenia en todo esto, la corte de Viena, renunciaría sin duda á sus armamentos dispendiosos, inútiles, y que mantenian la agitacion de los ánimos: que Napoleon por su parte, se apresuraría á retirar sus ejércitos, y los trasladaría á las costas de la baja Italia. En cuanto á la Turquía, habló muy vagamente, y no se manifestó dispuesto á adoptar ninguna resolución próxima. Dejó ademas entender que no debia hacerse nada en Oriente sin acuerdo del Austria, es decir, sin tener en consideracion su parte en el caso de que el imperio otomano concluyese de existir.

Estas esplicaciones dadas de buena fé, fueron recibidas con el mas vivo gozo por el duque de Wurtzburgo, que las transmitió á Viena, en donde produjeron el mayor contento. Por muy grande que fuese el pesar de no haber aprovechado el momento en que Napoleon marchaba á las orillas del Niemen, para colocarse entre él y el Rhin, lo mejor que podia suceder, una vez perdida ya la ocasion, era el que se la permitiese disfrutar tranquilidad, y no tuviese sobre sí un enemigo semejante, cuando se encontraba sola y sin mas aliado que la Inglaterra, aliado poco consecuente, que despues de haber impulsado á la guerra á las potencias continentales y dejándolas batir, se retiraba

impasiblemente á su isla, quejándose de la mala calidad de las tropas auxiliares. La fausta nueva de que podia recobrase á Braunau sin perder nada en Istria, y de que por entonces no se trataria de los negocios de Oriente, hubiera producido en el gabinete austriaco una verdadera alegria, si en el estado de las cosas, hubiese sido susceptible de ella. Asi es que se mostró inclinado á hacer todo cuanto quisiese Napoleon, con respecto al Isonzo, y á las medidas con la Inglaterra, cuya conducta en Copenhague habia sido tan odiosa, que aun en la misma Viena se la condenaba altamente. En consecuencia, se remitieron á Mr. de Metternich, embajador de Austria en Paris, para que firmase un convenio que abrazase todos los objetos de una avenencia tan apetecible, que parecia muy fácil despues de las esplicaciones que habian mediado en Fontainebleau.

Se convino en que se devolveria al Austria la plaza de Braunau, que se tomara al Isonzo por frontera de las posesiones austriacas é italianas, y que quedaria abierto en la Istria un camino militar para las tropas francesas que fuesen á Dalmacia. El convenio que contenia estas estipulaciones se firmó en Fontainebleau el 10 de octubre: á las condiciones escritas acompañaron promesas formales con respecto á la Inglaterra. El Austria no podia proceder con aquella antigua aliada de un modo demasiado precipitado y enérgico: no podia declararla la guerra; pero prometió llegar al resultado que se deseaba, dándole formas que no alterasen en nada la firmeza de sus resoluciones. Efectivamente, encargó á Mr. de Stahremberg, su embajador en Londres, que se quejase del acto como

tido en Copenhague, como de un atentado que debían sentir vivamente todos los estados neutrales: que exigiese una respuesta á las ofertas de mediación que la habían hecho el Austria en abril y la corte de Rusia en julio; y que manifestase, que si la Inglaterra no contestaba en un breve plazo á las proposiciones de paz tantas veces reiteradas, excepto á las condiciones que debían fijarse con anuencia de las potencias mediadoras, se vería precisado á suspender sus relaciones, y retirarse. A estas comunicaciones oficiales iba unida la declaración secreta, de que el Austria, completamente aislada en el continente, no podía hacer frente á la Francia y la Rusia reunidas: que se veía obligada á ceder: que por otra parte, la Francia la proponía en aquel momento condiciones tolerables: que decididamente, ni podía, ni quería pensar ya en la guerra, y que la Inglaterra debía pensar también en la paz, porque de otro modo, obligaría á sus mejores amigos á separarse de ella. Es cierto que si el gabinete hablaba así, los partidarios de la guerra procuraban hacer creer, que no era más que una resolución pasajera para obtener la entrega de Braunau, resolución que cambiaría en cuanto se redujese á la Rusia á otra política. A pesar de estas aseveraciones del partido de la guerra en Viena, el gabinete austriaco no deseaba en realidad más que ver atendidas en Londres sus pacíficas representaciones, y había tomado el partido de interrumpir sus relaciones diplomáticas con la Inglaterra, en caso de que esta continuase cerrando sus oídos á todo acomodamiento.

En cuanto á sus armamentos, el Austria dió seguridades mucho menos sinceras. Afirmó que

deshacía sus cuadros licenciando á los que los habían compuesto, que momentáneamente vendía sus almacenes, y en una palabra, que se reducía al pie de paz más estricto. En realidad solo licenciaba á los soldados próximos á cumplir, para reemplazarlos con reclutas jóvenes, cuya educación militar era esmerada y se hallaba á cargo del archiduque Carlos, ocupado constantemente en perfeccionar la organización del ejército austriaco. De hecho no vendía de los almacenes más que las materias poco á propósito para conservarse, y llenaba sus arsenales de armas y de municiones de todas clases. En resúmen, el Austria adhiriéndose temporalmente á las miras de Napoleon para ahorrarse la guerra, quería no obstante hallarse preparada para vengar sus reveses, si nuevas circunstancias la obligaban á tomar las armas. Por entonces solo deseaba la paz general.

Napoleon, cuyo plan era reducir las hostilidades á todos los puntos del litoral del continente, y para ello pacificar el interior, había declarado á la Prusia que emprendería con gusto el movimiento de evacuación, suspendido por la tardanza en el pago de las contribuciones, pero que era necesario que discurriese el medio de satisfacerlas cuanto antes. La Prusia propuso que enviaria al príncipe Guillermo, y Napoleon manifestó que sería muy bien recibido. Aquella desgraciada potencia estaba tan abatida, que no solo había declarado su adhesión al sistema continental, sino que se hallaba dispuesta á concluir con la Francia un tratado formal de alianza ofensiva y defensiva. La Dinamarca había firmado otro tratado de la misma especie, y estipulado la ocupación de las islas de Fionia y

Seeland por tropas francesas para cerrar el Sund, pasarlo sobre el hielo, é invadir la Suecia en el momento que comenzasen las operaciones de los rusos contra la Finlandia.

Obligado Napoleon por los acontecimientos á continuar la guerra con la Inglaterra, y armado con todos los recursos del continente, pensó en emplearlos con la energía y habilidad de que era capaz. Aun antes de conocer el resultado de la expedicion de Copenhague, y en cuanto supo que aquella expedicion se dirigia al Báltico, habia hecho marehar al almirante Decrés á Boloña para inspeccionar la escuadrilla, y ver si podria recibir á bordo el ejército que pensaba sacar de Alemania en cuanto la Prusia pagase sus contribuciones. La salida de la expedicion inglesa para el Sund, era la mejor ocasion para sorprender á la Inglaterra medio desarmada. Mr. Decrés, que se trasladó á toda prisa á Boloña, Wimereux, Ambleteuse, Calais, Dunkerque y Amberes, encontró desgraciadamente la escuadrilla en un estado poco á propósito para encargarse de un ejército numeroso.

El puerto circular abierto en Boloña, estaba cubierto con dos pies de arena; los de Wimereux y Ambleteuse, con tres; y bastaban muy pocos años para hacer que desapareciesen completamente aquellas creaciones del genio de Napoleon, y de la constancia de sus soldados. La mayor parte de los buques, contruidos precipitadamente y con madera verde, exigian grandes reparos. No se conservaban en estado de hacerse á la mar mas de trescientos de ellos, entre los mil doscientos ó mil trescientos que antes habia, y estos trescientos estaban continuamente ocupados en maniobrar ó en

formar como en 1804, la linea desde el fuerte de l'Heurt al de la Creche. En cuanto á los 900 buques de transporte comprados donde y como los encontraban, casi todos estaban fuera de servicio, por haber permanecido cuatro años en fondeadero. Los marinos, organizados en su mayor parte en batallones, habian perdido algunas de sus cualidades como hombres de mar, pero como soldados de tierra, eran la mejor tropa que podia haber en el mundo. El general Gouvion Saint-Cyr, que mandaba el campo de Boloña, decia que no habia nada mejor en el ejército francés, inclusa la guardia imperial. Trasladados otra vez á bordo, volverian á ser bien pronto marinos, y podian tripular doce navios de linea. En cuanto á la escuadrilla holandesa, de la que una parte habia vuelto á su pais y la otra habia quedado en Boloña, habia padecido menos en su material, por estar mejor construida; pero estaba disgustada con su ociosidad, y las tripulaciones ansiaban que se emplease mejor su actividad y su valor.

No era, pues, posible que la escuadrilla se hiciese inmediatamente á la vela para tripularla con ciento cincuenta mil hombres, como en 1804. Pero con 5 ó 6.000,000 de gastos, dos meses de tiempo, destrozando la quinta parte de los buques y reparando los demas, podrian embarcarse en las dos escuadrillas francesa y holandesa, cerca de noventa mil hombres, y de tres á cuatro mil caballos. Terminada aquella inspeccion, y de regreso ya en París Mr. Decrés, Napoleon opinó como su ministro, que no debia retenerse por mas tiempo á los marinos de la Holanda para un servicio tan eventual como el de aquella escuadrilla que estaba

siempre para darse á la vela y nunca lo verificaba: que era muy difícil que partiese á la vez tan gran número de buques de aquellos puertecillos, que bien pronto no podrían tampoco contenerlos; que valia mas dividir aquella expedicion, enviar á su país los marineros holandeses con una parte de su material, conservar los mejores buques de guerra, destruir los otros, recorrer los que se conservasen, y habilitarlos para el embarque de sesenta mil hombres: colocar en seguida los marineros holandeses que habian sido enviados á su patria á bordo de la escuadra del Texel, los marinos franceses que no cabian en la escuadrilla, á bordo de la escuadra de Flesinga, y proporcionarse de este modo, ademas de la escuadrilla apta para desembarcar de un solo golpe sesenta mil hombres en las costas de Inglaterra las escuadras del Texel y de Flesinga, en disposicion de trasportar treinta mil de las bocas del Mosa, á las del Támesis, sin contar las expediciones que podrían partir de Brest y de los demas puntos del continente. Aceptada esta opinion, se espidieron las órdenes oportunas, y la escuadrilla de Boloña, ya mas manejable, combinada con las que al mismo tiempo se organizaban en el Texel, en Flesinga, en Brest, Lorient, Rochefort, Cádiz, Tolon, Génova y Tarento, ocupó un lugar en el vasto sistema concebido por Napoleon, sistema de campos colocados cerca de las grandes escuadras, que amenazasen sin cesar á la Gran Bretaña con una formidable expedicion contra su suelo ó sus colonias.

Napoleon dió ademas órdenes para la expedicion de Sicilia, y para el completo abastecimiento de las islas Jónicas, que llamaban en aquel mo-

mento toda su atencion, por el language que usaban los agentes ingleses en Viena y en San Petersburgo. Podia en efecto inferirse de este language, que se harian todos los esfuerzos imaginables para arrebatár aquellas islas á los franceses. Napoleon previno á su hermano José con unas espresiones tan vivas, que rayaban ya en pasion, que recobrase á Scylla y Reggio que habian quedado en poder de los ingleses desde la expedicion de Santa Eufemia: que reuniese una parte de los regimientos que componian el ejército de Napoleon en derredor de Baias y de Reggio, para tenerlos á punto de embarcarse. Ordenó al príncipe Eugenio que sacase sus tropas de la alta Italia, y las llevase á la Italia media, para reemplazar á las que se empleasen en expediciones marítimas. Mandó ademas tanto al rey José como al príncipe Eugenio, que multiplicasen las remesas de víveres, municiones y reclutas, á Corfú, Cefalonia y Zante. En fin, renovó mas espresamente que nunca á las dos divisiones de Rochefort y de Cádiz, la orden de que saliesen de aquellos puertos y se dirigieran á Tolon. Al efecto despachó á este punto al almirante Ganteaume, para que mandase la escuadra destinada á dominar el Mediterráneo, á terminar la conquista del reino de Nápoles con la toma de la Sicilia, y á consolidar la dominacion francesa en las islas Jónicas, por el transporte de inmensos recursos á aquellas islas. Entre tanto, recomendó á los ingenieros de marina, que activasen las construcciones emprendidas en todo el litoral europeo.

Mientras de este modo se ocupaba de las posiciones marítimas situadas en Italia, Napoleon apresuró los preparativos para la expedicion de

Portugal. Los tres campos de Saint-Ló, Pontivy, y Napoleón, reunidos á las órdenes del general Junot, en Bayona, presentaban un efectivo nominal de veinte y seis mil hombres, y otro real de veinte y tres mil, de los cuales dos mil eran de caballería, con treinta y seis bocas de fuego. Además estaba en marcha para reunirse á ellos, un refuerzo de tres á cuatro mil hombres. El 12 de octubre, á los dos días de haber firmado el convenio con el Austria, Napoleón mandó al general Junot que atravesase la frontera de España, contentándose con enviar á la corte de Madrid, un simple aviso del paso de las tropas francesas. Señaló su itinerario por Burgos, Valladolid, Salamanca, Ciudad-Rodrigo, Alcántara, y la orilla derecha del Tajo hasta Lisboa, y encargó que la marcha se hiciese con la mayor rapidez posible. La España había prometido unir sus fuerzas á las de la Francia, para concurrir á la expedición, y participar naturalmente de la distribución del botín. Napoleón no solo había aceptado, sino exigido que se enviase un cuerpo de tropas españolas, reservándose fijar el precio cuando se hubiese ya logrado conquistar el Portugal. Pero no confiando mucho en la España, ni en las tropas que podía enviar, preparó otro ejército para el caso posible en que el Portugal opusiese alguna resistencia, y para el mucho mas probable de que la Inglaterra reuniese en el Tajo las fuerzas que acababan de llegar de la expedición de Copenhague. Desde su regreso á París Napoleón había dispuesto que las cinco legiones de reserva, de que ya hemos hablado varias veces, y que estaban destinadas á reemplazar los campos encargados de la defensa

de las costas, fuesen completamente organizadas, instruidas y armadas. Había prevenido á los cinco senadores que las mandaban, que lo tuviesen todo dispuesto para hacer marchar dos ó tres batallones de los seis de que se componían. Sabedor de que aquellos batallones estaban prontos, ordenó que se reuniesen en Bayona, y que formasen tres divisiones á las órdenes de los generales Barbou, Vedel y Malher: que se completasen con dos batallones de la guardia de París, que el regreso de aquella guardia aguerrida en Polonia dejaba disponibles, con cuatro batallones suizos, acantonados en Rennes, Boloña y Marsella, y en fin, con el tercer batallón del 5.º ligero, de guarnición en Cherbúrgo, y el primero del 47 de línea, de guarnición en Grenoble, componiéndose la fuerza total de veinte ó veinte y dos batallones, que iban á partir de los puntos en que se encontraban las legiones, es decir, de Rennes, Versalles, Lila, Metz y Grenoble, y debían hallarse en Bayona á fines de noviembre. Formaban un cuerpo de veinte y tres á veinte y cuatro mil hombres, con cuarenta bocas de fuego, y algunos centenares de caballos, á las órdenes de uno de los generales de division mas distinguidos de aquel tiempo, el general Dupont, que tanta gloria había adquirido en Albeck, Diernstein, Hall y Friedland, y destinado por Napoleón á ser bien pronto mariscal. Era, pues, un segundo ejército suficiente para sostener al de Junot cualquiera que fuese la importancia que podían adquirir los acontecimientos de Portugal. Tomó el nombre de segundo cuerpo de observación de la Gironda, porque el ejército de Junot había recibido ya el de primer cuerpo. A uno y otro, no